

na, con lo cual hubiéramos obtenido, como premio de nuestra condescendencia, tratados ventajosos, que todos los partidos hubieran respetado, por lo mismo que radicaban, mas bien que en un partido determinado, en el reconocimiento de la nacion entera. Con esto tambien, el odio hacia el nombre español no hubiera llegado á tal extremo, facilitándose así las relaciones entre ambos países.

De todo esto resulta que, si bien las personas ilustradas, que pueden elevarse á una nocion verdadera y justa de los hechos, aprecian á los españoles en lo que valen, la gran masa del país, los descendientes de las indisciplinadas bandas de Hidalgo y Morelos, llevan su rencor hacia nosotros hasta un grado casi inconcebible de exacerbacion.

El gobierno es con frecuencia impotente para castigar los excesos á que se abandonan, especialmente los mestizos contra los españoles, y esta sensible circunstancia, ha hecho, con deplorable frecuencia, muy precaria la existencia de los españoles en Méjico, comprometiendo sus vidas é intereses en manos de bandas de ladrones y asesinos.

gran manera nuestras relaciones diplomáticas con la república de Méjico, pues si bien es cierto que cuando llegaba al poder el partido retrógrado, existían algunas veces, buenas relaciones entre ambos países, la vuelta del bando contrario las rompía prontamente. Estábamos tocando precisamente en esto, las consecuencias de no haber reconocido oportunamente la independencia de la república méjica-

la contrarrevolucion plantada por Santana. Comodoro fué elevado entonces á la presidencia, y sus primeros actos políticos, fueron encaminados á borrar por completo las huellas de las dominaciones revolucionarias, que habian llevado á su superior expresion durante la última dictadura del general Santana.

Las relaciones que España hasta entonces habia tenido en aquella república, se habian resentido de su carácter de provisionales, y eran muy poco á propósito para establecer sólidos lazos de amistad y de comercio íntimo entre ambos pueblos hermanados.

La abdicacion del general Santana, efecto de los movimientos insurreccionales que hemos dejado apuntados mas arriba, trajo en pos de sí, como consecuencia necesaria, el triunfo del partido *liberalista* (1), y un cambio completo en el sistema político del país. Hemos visto ya que Santana, en su última dictadura, se entregó completamente en manos de la reaccion, dió gran importancia al elemento clerical, estableció los jesuitas, puso trabas á la instruccion pública, y organizó el ejército de un modo desconocido hasta entonces en el país. Como era natural, tan pronto como el partido revolucionario se apoderó de las riendas del poder, se ensañó contra los

(1) Nombre que reciben los liberales.

C. ALFONSO ALFONSO

intereses creados por la reaccion, con la misma pertinacia que este había desplegado para destruir las conquistas de la revolucion, declaró al país organizado bajo la base federal, tratando de destruir la centralizacion planteada por Santana. Comafort fué elevado entonces á la presidencia, y sus primeros actos políticos, fueron encaminados á borrar por completo las huellas de las dominaciones reaccionarias, que habian llegado á su superior expresion durante la última dictadura del general Santana.

Las relaciones que España hasta entonces habia tenido en aquella republica, se habian resentido de su carácter de provisionales, y eran muy poco á propósito para establecer sólidos lazos de amistad y de comercio íntimo entre ambos pueblos hermanos. En un país tan trabajado por las discordias civiles y por las sublevaciones militares, que solo en el espacio que media desde su emancipacion hasta la fecha, ha tenido cerca de sesenta distintos gobiernos, no debieron jamás fundarse las relaciones, apoyándose esclusivamente en uno de los bandos, sino que, por el contrario, todo el tacto y habilidad de los gobernantes españoles, debia haberse dirigido á estrechar los lazos de la amistad comun, prescindiendo completamente de la diferencia de partido. Pero sea porque los españoles allí residentes, se inclinaron siempre en sus afecciones al partido clerical, sea que el gobierno español encontrase en este mas garantías de estabilidad y buen cumplimiento á los pactos establecidos, es lo cierto que

España liquidó sus deudas, y arregló sus antiguas diferencias, con los gobiernos reaccionarios.

Al elevarse al poder los *liberalistas* ó *constitucionalistas*, que con ambos nombres suele designarse á los partidarios del sistema radical, estos lazos y relaciones se quebraban bruscamente, los créditos que ellos tenían, y precisos es decirlo, con alguna justicia, por exagerados, dejaban de satisfacerse, y los españoles sufrían, tanto en su persona como en sus propiedades, los vejámenes que son consiguiertes al espíritu de hostilidad, que dominaba entre los mejicanos y los españoles, espíritu tanto mas opuesto, cuanto que reconocia por origen la parcialidad de estos últimos hacia un determinado gobierno.

Con frecuencia, durante el presente siglo, hemos tenido que lamentar tristes escenas, de las cuales eran siempre víctimas los españoles, y no teniendo nosotros medios suficientes para entablar serias reclamaciones, estos desafueros quedaban siempre sin el debido correctivo, lo que alentaba á la vez del populacho de Méjico, á continuar en sus acostumbradas fechorias.

Sin embargo, el escándalo llegó á su colmo en 1856, durante la presidencia de Comafort, en cuya época tuvieron lugar las matanzas de San Vicente y Cuernavaca, que todos recordamos, y que causaron en nuestra patria profundo descontento, tanto porque veíamos perecer indefensos y en remotas tierras á nuestros hermanos, cuanto porque es

tas fechorías, demostraban el respeto que infundía en aquellos climas el nombre español. Bandas de asesinos feroces, formadas en su mayor parte de léperos, celebrando el aniversario de la sublevacion de Dolores (lo que allí se conoce con el nombre de *grito de Dolores*), se abandonaban á los mayores escesós, quemando y talando las propiedades, robando las haciendas y matando traidoramente á los españoles. Estas escenas se repitieron hasta en la misma capital, llegando la barbarie de aquellos desalmados hasta el extremo de quemar vivos á algunos comerciantes, por el único crimen de ser ricos y súbditos de España.

Aunque no puede decirse que el gobierno presidido por Conmofort, fuese el instigador de estos desmanes, es cierto, sin embargo, que no desplegó la energía necesaria contra los culpables, que eran alentados por la apatía del poder, y que repetían estos crímenes al observar que quedaban impunes. Ninguna reclamacion hubiera podido hacerse en justicia al presidente Conmofort, si hubiese desplegado en la represion de estos escandalosos hechos, toda la actividad y energía que por su importancia merecian; pero en vez de esto, se dejó tranquilamente á los culpables en el uso de los productos de sus depredaciones, y si alguna providencia se tomó contra ellos, fué de todo punto ineficaz, destinada mas bien á cubrir el espediente, que no á dar satisfaccion ni á impedir que en lo sucesivo se repitiesen tan repugnantes atentados.

Sin embargo, no era esta sola la única causa de queja que existia por parte del gobierno español, con respecto á los mejicanos, sino que hay que añadir además la suspension en el pago de intereses á los créditos españoles, que por mas que reconociese algun fundamento de justicia, se habia llevado á cabo de un modo escesivamente brusco, que debia lastimar legítimos derechos. En circunstancias normales, era justo que se hicieran por parte del gobierno mejicano, cuantas reclamaciones pudiesen ser necesarias, para llegar á un acomodo honroso y equitativo por ambas partes; pero romper bruscamente de este modo, y permitir ó tolerar las fechorías de San Vicente y Cuernavaca (que esto significaba no castigarlos severamente), eran circunstancias mas que suficientes para un rompimiento.

Las cortas relaciones que existian entre España y Méjico terminaron de este modo, y aun se pensó en que se llevaria á cabo una expedicion armada, cuyo objeto seria obtener reparacion cumplida, por los agravios que se nos habian inferido; pero las circunstancias en que se encontraba entonces la península, imposibilitaban todo pensamiento de invasion. Hiciéronse por la via diplomática las necesarias reclamaciones; pero el gobierno de Méjico, en vez de perseguir activamente á los asesinos de San Vicente y Cuernavaca, los alentaba, si así puede decirse, con punible tolerancia, y el estado en que se encontraban los españoles residentes en aquellas comarcas, era sobremanera difícil y precario.

Entretanto, en el interior del país continuaba el trabajo de reforma, ocupándose la cámara en la votación de una Constitución, inspirada por un espíritu eminentemente radical y federativo. Aunque el presidente había provocado este orden de cosas, puede decirse que los acontecimientos iban más allá que sus mismos deseos, pues si bien en un principio, para elevarse al supremo poder, creyó conveniente apoyarse en el partido avanzado, bien pronto principió á ponerse en contradicción con la cámara misma que le debía su existencia.

El resultado de los trabajos parlamentarios fué la promulgación de la Constitución de 1857, que era en su espíritu y tendencias, una de las más federales que habían existido, y en la cual se reconocía la autonomía de los distintos estados que formaban el territorio mejicano, bajo la más amplia base.

Comfort conoció que había ido demasiado lejos, y que los acontecimientos le habían arrastrado con su fatal lógica al extremo más radical; pero como bajo ningún concepto, el presidente de la república iba tan allá en sus convicciones, apenas se promulgó la Constitución, se disponía ya á destruirla, aunque hubiese sido él mismo el que la había sancionado. Las muchas contradicciones de Santana, hicieron que el país se acostumbrara á semejantes cambios, y aunque era de esperar algún sacudimiento, sin embargo Comfort se creyó con fuerza y prestigio suficiente para sofocarle en seguida. Las cosas, sin embargo, pasaron de otra manera. El

golpe de Estado contra la Constitución de 1857, provocó una reacción extrema, y Comfort recibió el castigo de su falta política, viendo conjurados contra sí á sus propios enemigos, á los que él mismo había dado armas, por medio del movimiento reaccionario que llevó á cabo.

El resultado definitivo de estos acontecimientos, de estos cambios y trastornos, fué la elevación al poder del partido reaccionario, á cuyo frente se colocó Zuloaga. Este nuevo gobierno fué reconocido bien pronto por las distintas naciones europeas, y hasta los mismos Estados Unidos enviaron á Méjico un representante; pero, sin embargo, jamás pudo constituirse de un modo definitivo, y en todo el tiempo de su existencia, tuvo enfrente de sí al partido avanzado, que no depuso las armas hasta que consiguió alcanzar el triunfo.

Juarez, vicepresidente del gobierno Comfort, tan pronto como triunfó en la capital el partido reaccionario, protestó de este cambio, y saliendo de la capital, y reuniendo algunos parciales, instaló un nuevo gobierno en Queretaro.

Las circunstancias políticas por que atravesaba España en aquellos momentos, eran muy poco idóneas para que las reclamaciones pudiesen hacerse de un modo eficaz, y apoyadas por el suficiente aparato bélico para obtener un positivo resultado; y si bien el ministerio Narvaez, según entonces se dijo, pensaba enviar una expedición contra Méjico, para lo cual se hacían, al parecer, los necesarios

ALFONSO

aprestos, con su caída se suspendieron estos bien pronto, y las relaciones entre España y Méjico continuaron bajo el mismo pie por entonces.

El gobierno de Zuloaga, sin embargo, desde su advenimiento al poder, manifestó algún tanto dispuesto á entablar negociaciones con el gabinete español, para el arreglo de las diferencias pendientes; pero tardaron todavía algún tiempo en establecerse, tanto á causa del estado precario del gobierno mejicano, como porque las circunstancias de la política interior de España, absorbían demasiado la pública atención, para que se pensase en las cuestiones esterioras.

A pesar de todo, Zuloaga no conseguía arraigarse en el país. Su prestigio era insignificante para dominar una situación tan difícil como la que atravesaba la república, y por otra parte, no contaba ni con los talentos, ni con la fuerza de voluntad que sabe triunfar de todos los obstáculos. Juárez, entretanto, mantenía en pie el estandarte de la libertad, agrupando en torno suyo todos los descontentos y partidarios de las ideas avanzadas. El estado de la república era deplorable por demás; la situación violenta se prolongaba de un modo indefinido, de suerte, que hubiera sido muy difícil poder decir con exactitud, cuál de aquellos gobiernos era legítimo.

La posesión de la capital en un país en donde los lazos de centralización habían sido siempre muy efímeros, no suponía nada; mucho más, cuanto que unos estados obedecían á Zuloaga y otros á Juárez;

la guerra civil continuaba por ambas partes con el mismo encarnizamiento, y la anarquía se perpetuaba de un modo verdaderamente deplorable.

Los mismos partidarios de las ideas reaccionarias, conocían demasiado que no era Zuloaga el hombre capaz de hacer frente á las complicaciones que la situación presentaba, y todos designaban ya al general Miramon como el que debía sucederle.

Juárez había trasladado la sede de su gobierno á la plaza de Veracruz, desde donde con una gran fuerza de voluntad y sin desconcertarse por los descalabros parciales de sus tropas, continuaba sosteniendo sus ideas, con cuya energía consiguió también que el gobierno de los Estados Unidos, que siempre había manifestado simpatías con los radicales, le apoyase, primero estraoficialmente, y luego de un modo más ostensible.

La situación en que se encontraban en esta época ambas partes beligerantes, era la siguiente. Ocupaban, además de la plaza de Veracruz, cuya aduana les producía recursos de alguna consideración, á Tampico, San Luis del Potosí, Acapulco, Oaxaca, Colima, Zacatecas y algunos puntos de menor importancia, disponiendo al propio tiempo de cerca de quince mil hombres, que al mando de los generales Degollado Vidauri, La Garza y Blanco, defendían los principales puntos estratégicos, tomando por base de operaciones la población de Monterrey. Los partidarios de las ideas reaccionarias, solo podían oponer á esta fuerza unos veinte mil hombres, que

estaban distribuidos entre la capital, Guadalajara, Tlaxcala, Jalapa, Guanajuato, Queretaro, Cuernavaca, Puebla, Córdoba, Orizaba y otros puntos de poquísima importancia.

Claramente se comprende de esta esposición, de los medios con que contaba cada partido, y de los puntos que ocupaban, que la lucha debía durar mucho tiempo, sin que pudiera predecirse su resultado, por la poca superioridad que tenia uno de los partidos sobre su contrario.

Zuloaga, conociendo las dificultades que ofrecia la situacion, trataba de entablar amistosas relaciones con las potencias europeas, para dar á su gobierno mayor fuerza moral y condiciones de estabilidad, pero las mismas circunstancias en que se encontraba, hacian sus proyectos de una difícil realizacion.

la presidencia del general O'Donnell. Conociendo que una expedicion contra Méjico, podia darle la posibilidad necesaria para asentar solidamente su poder, trató de apoyarse en las creencias que dominaban con respecto á la república mejicana, tratando de excitar en lo posible el sentimiento de una necesaria reparacion en todos los ánimos, recordando con este objeto las máximas **XIV.** Vicente y Cuernavaca. Los distintos ministeriales, hacian presente que ningun gobierno habia despedido la energía necesaria para establecer relaciones normales con los mejicanos, sin para vencer las injurias que en algunas épocas se habian inferido á Europa, ni para asegurar la suerte futura de nuestros países.

Tratado Mon-Almonte.

España era, de las potencias europeas, la que mayores motivos podia tener de descontento con el gobierno mejicano, tanto por la suspension del pago de los intereses de los créditos españoles, cuanto por las lamentables escenas de San Vicente y Cuernavaca, que habian quedado en su mayor parte impunes. Pero las condiciones en que se encontraba el gobierno español, hacia que las reclamaciones no pudiesen ser tan eficaces como exigian los insultos inferidos y los perjuicios causados á los españoles residentes en Méjico. Por otra parte, la opinion sobre los asuntos de Méjico estaba algun tanto falseada, y la ignorancia aumentaba los motivos que teníamos para un rompimiento con la república mejicana.

A la serie de gobiernos efimeros que sucedieron

ALFONSO